



Y cuando ya teníamos la copia se dio cuenta, pobrecilla, un poco avergonzada de que la había escaneado por el revés y dijo “cómo lo siento, soy un poco torpe para estas cosas, el que suele escanear siempre es mi nieto pequeño”; pero que esperase, sería sólo un momento, y que ya iba a ser muy sencillo porque consistía en volver a hacer lo mismo dando la vuelta al papel.

Y sí, esta vez le salió bien y [me la entregó con una sonrisa radiante](#) musitando un poco arrebolada “no es que haya salido bien del todo, pero si lo que usted quiere es sólo ver qué hay en cada casilla”.

Le dije que no, que no se preocupase, que nada más era porque estaba jugando y quería estar seguro de no hacerme trampas aunque fuese sin querer y, así, de memoria, después de tantos años desde aquellas tardes de invierno todos alrededor de la mesa camilla, con el brasero...

Y contestó que comprendía, claro; y que con el tiempo las cosas se olvidan...

Y se calló. Y miró para otro lado. Y cuando me volvió a mirar parpadeó y sonrió, y se secó en la manga de su blusa el dedo índice con el que se había retirado una lágrima.

Y le di las gracias y me marché excusándome “espero no haberla molestado”.

Y ella respondió “¿y por qué iba a molestarte?” y que entre vecinos es natural pedirse favores.